

JAPON

SI en las recientes elecciones los conservadores han conseguido conservar por los pelos su mayoría en el Senado, no han podido impedir, sin embargo, que los comunistas doblaran su número de escaños, que ha pasado de 11 a 20. Frente a la erosión de la mayoría que representan los liberales demócratas y frente a la división imperante dentro del partido socialista, el partido comunista japonés se presenta hoy como el núcleo de una posible alternativa al poder de los conservadores. En el Japón, esa polarización de la vida política porta en su seno gérmenes capaces de sembrar la inquietud: el despertar de los viejos demonios que todos creían muertos en 1945. Frente al partido comunista, que encuentra por fin su oportunidad, la extrema derecha levanta otra vez la cabeza.

Hace dos meses todos daban por perdido al partido liberal demócrata en las elecciones para la renovación de la Cámara Alta: lo que a breve plazo significaba la parálisis de la Dieta, la caída del Gabinete Tanaka y tal vez también la del poder conservador. El primer ministro se jugó el todo por el todo. Como de costumbre, pero por vez primera abiertamente y sin escrúpulos, Tanaka solicitó la ayuda del Zaika, «el mundo de los ricos propietarios». El gran capital le proporcionó, según cálculos, más de ciento cincuenta millones de dólares para su campaña, y cada grupo financiero ha sostenido oficialmente a un conservador: había el candidato de Sony, el de Mitsubishi, el de Nippon Steel, etcétera. Al mismo tiempo, Kakie Tanaka jugaba a fondo la carta del patriotismo, de las virtudes ancestrales y de los reflejos anticomunistas.

UNA REVOLUCION CULTURAL

En Okinawa, con su voz ronca y entrecortada, el primer ministro lanzó un anatema sobre los comunistas: «Si no les gusta el Japón tal y como es, que se vayan a la Unión Soviética». Por otro lado, Tanaka apoyaba la candidatura de Shoichi Yokoi, ese «aparecido» de la guerra del Pacífico, quijote de la fidelidad al Emperador, que esperó veintiocho años en la selva de Guam una orden de su «Tenno» para deponer las armas.

Kakie Tanaka ha desencadenado una revolución cultural modelo japonés: lealtad al Emperador, patriotismo, sumisión de los intereses individuales a los de la nación, tales son los valores que se les inculcará a los pequeños japo-



El primer ministro reza frente al monumento por las víctimas de la bomba atómica durante su campaña preelectoral. Tanaka ha resucitado viejos fantasmas y nadie sabe a dónde puede llevar este juego de aprendiz de brujo.

GRACIAS A KAKIE TANAKA, LA EXTREMA DERECHA VA HOY VIENTO EN POPA

EL DESPESTAR DE LOS DEMONIOS

neses. Los mismos que les imbufan a los kamikaze.

Al ganar la batalla electoral, Tanaka ha aplazado la crítica política, pero, ¿a qué precio? Desde hace un año, el primer ministro ha tenido que apoyarse, en algunos casos, en una facción extremista de su propio partido. «Queremos una bomba atómica no para atacar a los demás países, sino para destruir el Japón antes de verlo caer en manos de los comunistas». No es ningún fanático quien así habla, sino un joven diputado liberal demócrata, Koicho Hamada, secretario general del Seirankai (Grupo de la Juventud de las Tempestades), que se constituyó en 1973 en el seno del partido liberal demócrata.

¿Qué objetivos persigue dicho grupo? La abolición de la Constitución actual, la restauración de los poderes del Emperador, la consolidación de los lazos con Corea del Sur y Taiwán. Misión histórica que han sellado con un pacto de sangre, como hacían los jóvenes oficiales de 1930. En la

actualidad, siete miembros del Sirankai son secretarios de Estado en el Gobierno Tanaka...

La acción de este grupo ha encontrado cierto eco entre la población: el pasado enero, veinticinco mil personas asistieron a su reunión inaugural. La fuerza del Sirankai proviene, sobre todo, de sus vínculos y relaciones con las poderosas organizaciones de extrema derecha con que cuenta todavía el Japón.

Uno de los movimientos más poderosos, la Zen Alkaigi (Federación de Organizaciones Patrióticas), cuenta en la actualidad con cien mil miembros. Su figura principal, Yoshio Kodama, es, con sus sesenta y dos años, una leyenda viva del fascismo japonés. Inició su carrera en la sociedad del Dragón Negro, después organizó los servicios secretos japoneses en Shangai. En esta ciudad hizo una fortuna que le permitió financiar el nacimiento del actual partido liberal demócrata de Tanaka. Eso crea vínculos: todavía conserva una influencia

considerable entre los «halcones» del PLD. Los movimientos que controla no carecen de medios de presión violentos. De vez en cuando envía a hombres a reventar los mítines de los liberales demócratas. La investigación llevada a cabo por la Policía nipona a raíz del secuestro «a lo James Bond» del jefe de la oposición surcoreana, Kim Dae Jung, ocurrido en Tokio en julio de 1973, llegó a poner de relieve las conexiones existentes entre los autores del mismo y las redes de Kodama. La Policía no llevó, sin embargo, más lejos sus investigaciones.

Para celebrar la victoria de los liberales demócratas y denunciar la «ideología extranjera» que se está apoderando, según ella, del Japón, la prensa de extrema derecha ha reencontrado el tono de los años treinta. Por táctica electoral, Kakie Tanaka ha resucitado viejos fantasmas y nadie sabe a dónde puede llevar este juego de aprendiz de brujo. ■ PHILIPPE PONS.